



ANTOLOGIA DE MICRORRELATOS
Athnecdotario Incoherente Vol. I

Índice

PRÓLOGO	5
MI ÚLTIMO SESTEO, Jordi Llavoré.....	6
EL VALOR DE LA INTEGRIDAD, Álvaro Peiró Burriel	7
COMO CIEGA, Lupe Eichelbaum.....	8
APOCALIPSIS Z. ALTERNATIVO, Javier Arnau.....	9
SOMBRA CHINESCAS, Carolina Pastor	10
LA SOMBRA, Óscar Torres	11
¿POR QUÉ?, Santiago Sánchez Pérez	12
LOS MEJORES CLIENTES, Santiago Eximeno	13
HEREDEROS, Francis Cuevas	14
EL ARMARIO, Elena Montagud	15
EL DON DE LILITH, Francis Cuevas	16
LA ADICCIÓN DEL PODER, Álvaro Peiró Burriel.....	17
QUIÉN ES ESA, Elena Montagud	18
MIEDO, Alfonso Zamora Llorente	19
PUERTA DEL ÁNGEL, Isabel V	20
LA MARCA EN LA PUERTA, Macu Marrero.....	21
OJOS QUE NO VEN, Sergio de Marcos	22
CLAUSTROFOBIA, Óscar de Marcos	23
ESCALAS, Ángel Villán.....	24
VAMPIRO, Óscar Torres	25
SU SONRISA, SU ETERNA SONRISA, Víctor Mancha.....	26
TORTILLA, Uriska	27

PRÓLOGO

Hola, amigos.

Tenéis ante vosotros una curiosa antología surgida gracias a la generosidad de varios amigos escritores, que no dudaron ni un momento en colaborar en un proyecto tras el que hacía ya tiempo andaba.

Son ellos, los autores, quienes gracias a su aporte, han logrado que esta primera Antología de Microrrelatos vea hoy la luz. Estoy en deuda con ellos y soy consciente de que difícilmente podré devolverles el favor.

Ahora es a vosotros a quienes quiero pedir algo:

Ya sabéis que esta Antología es totalmente gratuita, para que la descarguéis cómo y cuándo queráis. La idea es difundir este tipo de literatura, el microrrelato, y que vosotros disfrutéis de ello, nada más.

Bien. Esa era la idea inicial. La cuestión es que ahora mismo, el objetivo es mucho más importante.

Hay un chavalín llamado Aitor, que a causa de una negligencia médica, necesita el cuidado constante de sus padres. Ambos han tenido que dejar sus respectivos trabajos para dedicarse en exclusiva a cuidar del pequeño.

Aitor necesita de cuidados especiales y eso cuesta dinero. Amén de la compañía, material sanitario específico y tantas otras cosas, su tratamiento no es nada barato.

Es por eso que os pedimos algo. Si tras leer esta antología crees que valdría la pena gastarse un euro en ella, te pedimos de corazón que mejor dones ese euro en la cuenta de Daniel y Laura, los padres de Aitor.

Un euro no te sacará de pobre, pero para ellos, sí cuenta.

Nadie te obliga a hacerlo, desde luego. Pero si crees que la antología lo vale y aún más importante, si puedes ponerte en el lugar de esos padres abnegados, te ruego que les ayudes con tu donación.

Piensa que por un euro, estarás ayudando y mucho a alguien que lo necesita.

Un saludo y gracias.

Athman M. Charles

13/03/2011

MI ÚLTIMO SESTEO

Jordi Llavoré

Los gritos de protesta de mi espalda me arrancaron de una más que merecida siesta. Con uno de los libros Z de Dolmen todavía en el pecho, intenté entreabrir los ojos para poder ubicarme. Definitivamente el sillón de mi casa no es tan cómodo como yo creía recordarlo. De golpe, unos vagos gorgoteos semihumanos parecían proceder del fondo del pasillo. Sin temor a equivocarme, los adjudiqué al televisor de los vecinos o a un eco de alguna pesadilla que había acabado de tener. Unos sonidos andrajosamente articulados, a medio camino entre un gorjeo y un graznido, empezaron a tomar entidad acústica en mi piso. Ya no había dudas, alguien (o algo) emitía esos ruiditos. De repente, un golpe seco acompañado de unos extraños golpecitos mortecinos me pusieron en alerta. Unas débiles fricciones con la alfombra de *foam* me revelaron la clave del suceso: no era más que mi hijo gateando encima del abecedario que su madre había insistido tanto en colocar en la habitación del niño. De nada sirvieron mis protestas sobre las nulas capacidades de comprensión lectora a tan temprana edad. Claudiqué ante la posibilidad que, de veras, aquello pudiera estimular cognitivamente a mi retoño. Sus movimientos de avance gatunos no tardarían en permitir que mi pequeño realizase su entrada triunfal en el comedor... Y pensar que otras posibilidades menos halagüeñas habían llegado a pasarse por mi embotada mente para explicar los deliciosos balbuceos de mi querido vástago... Dicho y hecho, sus pasitos del bebé le acercaban sigilosamente al comedor, hasta conseguir que, nada más verle, una estúpida sonrisa de orgulloso padre primerizo floreciese en mi rostro al contemplar su carita, sus ojitos, sus manitas y el brillante fulgor del cuchillo que éstas sostenían.

EL VALOR DE LA INTEGRIDAD

Álvaro Peiró Burriel

El acusado escuchó a través de la pantalla gigante los cargos que le habían imputado mientras subía al patíbulo colocado en el centro de la capital. Conspiración, alta traición y sedición eran los más graves. Acusaciones que por sí solas ya eran sinónimo de pena capital. Él sabía que eso era falso, pues sólo aquel régimen podía considerar delito el pensar de una forma diferente a la dictada. La libertad había desaparecido en esa parte del mundo.

Lo iban a colgar frente a casi dos mil personas reunidas para la ocasión, muchas de ellas atraídas por el morbo. El acusado escrutó las caras de la gente mientras le ponían la soga, buscando en ellos un hilo de esperanza. Para su júbilo la encontró. En algunos de los asistentes podía vislumbrar el descontento, la incomodidad de saberse encerrados en una jaula invisible. Gente como él a la que sólo le faltaba un empujón que hiciese germinar la semilla de la rebelión.

Lo había decidido, sería su mártir. Se convertiría en un héroe subversivo, y moriría por lo que había luchado hasta sus últimas consecuencias. Con esto en su mente infló sus doloridos pulmones y gritó su despedida:

—¡Viva la libertad!

La trampa cayó con un sonido seco y la cuerda se tensó por efecto de la gravedad, matando al condenado a los pocos segundos. La gente volvió a la comodidad de sus casas y muchos olvidaron el tema a los pocos días. Otros, sin embargo, no olvidaron la sensación que había brotado en ellos y comenzaron a hacerse preguntas. Sus mentes se abrieron ante las injusticias que tenía aquel sistema e iniciaron una visión crítica. Juicios personales que sólo compartirían con aquellos que fueran como ellos y que los unirían como grupo. La revolución había empezado.

COMO CIEGA

Lupe Eichelbaum

No puedo. No puedo más. No veo. Veo tanto que estoy como ciega. Donde otros ven una pared, un árbol, un perro, un rostro,...el cielo; yo veo millones de organismos diminutos a mi alrededor que impiden a mi retina captar lo mismo que el resto del mundo. Ácaros con formas monstruosas, motas de polvo, restos de porquerías de minúsculo tamaño, granos de polen, bacterias solas o en colonias, fragmentos de gotas de agua... Un universo interminable en el que vivo sumergida, espantada, del que no puedo salir. Los aparto con mis manos, con mis brazos, a patadas, pero siempre hay más y más a mi alrededor. Nunca acaba. Nunca acabará. Acaparan mis días y mis noches también, protagonizando mis pesadillas. Sólo conozco la realidad del resto de las personas porque los oigo hablar.

Todos creen que estoy loca. No pueden entender que mis ojos son como lentes potentes de microscopio.

Pero esto terminará hoy.

He llegado a mi límite. Lo he sopesado y prefiero la alternativa. Me arrancaré los ojos y conoceré la paz.

APOCALIPSIS Z. ALTERNATIVO

Javier Arnau

Las paredes de mi casa siempre han estado limpias; lustrosas, podría decirse. Por eso me cabreó sobremanera que el Apocalipsis zombi me las ensuciara de sesos y sangre. Que la mayoría de la mugre fuera de mi cerebro y de mis entrañas, y de las del resto de mi familia, no me cabreó tanto como el pensar en aquellas paredes; claro que, en estas condiciones, para pensar en paredes estaba yo.

Ahora que tengo un momento de tranquilidad y sosiego, llego a la posible conclusión, de que todo empezara así; un primer zombi que ensució las paredes con las vísceras de sus víctimas, y éstas se cabrearón tanto que luego fueran por ahí matando todo lo que se moviese, en venganza... Bueno, no es momento de elucrubac...elubruca... bueno, no es momento, voy a seguir con mi nueva tarea de “redecorar paredes...”

SOMBRAS CHINESCAS

Carolina Pastor

De aquella noche de luna llena sólo conservo imágenes difusas.

Me veo sentada en el único asiento situado ante el escenario del teatrillo ambulante de sombras chinescas. Había pasado caminando por allí, y ver una sola silla para los espectadores despertó mi curiosidad. Sabía que debía regresar a casa antes de las tres, y aún hoy, haber faltado a la promesa que le hice a mi madre es lo que más me duele.

Me acomodé frente al pequeño escenario, y justo en ese momento, se abrieron con premura las cortinas, mostrándome sólo a mí lo que ocultaban: una pantalla de papel amarillento iluminada por unos focos situados tras ella. El papel, tenso como la piel de un tambor, estaba rodeado de paneles de madera labrada.

No tardaron mucho en aparecer en la pantalla una serie de formas extrañas, sombras proyectadas, pensé, por los encargados de la función.

Al principio parecían animales: palomas... puede que gallinas, y los típicos conejos que todo el mundo es capaz de hacer posicionando bien las manos. Pero tras ellos las siluetas fueron cambiando sin orden ni concierto; sin seguir una historia o un hilo conductor. No recuerdo exactamente lo que vi, hasta el momento en el que aparecieron figuras humanas moviéndose frenéticamente por el papel amarillento. Asustadas, desesperadas, corrían hacia los márgenes de la pantalla buscando algo o huyendo de algo.

Mi corazón comenzó a agitarse, se me puso la piel de gallina, y miré a la pantalla por última vez... En ella vi un rostro pequeño y humano llamándome, implorando mi ayuda, justo antes de que mi mente se nublase y cayese inconsciente sobre la silla.

Desde ese momento vivo atrapada con animales y otras personas en un lugar plano y amarillento, esperando a que llegue la próxima luna llena para intentar escapar de este fino mundo de papel cebolla.

LA SOMBRA

Óscar Torres

La luna llena la ve pasar. Se mueve malvada y feroz. Hambrienta. Boquea aire como un pez moribundo en un vertedero. La hora de comer se le hace eterna. No piensa, pues un virus como ella, no tiene capacidad de raciocinio. Solo quiere alimentarse. Nada más.

Agazapada huele el aire y el viento en busca de un cordero.

Salta un tejado. Salta dos. Al suelo. Y vuelve a ser penumbra. Así es como es, sin cuerpo. Etérea. Negra. Pura vileza, que se mueve incorpórea de farola en farola. Un reflejo de luz eléctrica. Una imitación de la sombra del sol. Una mentira.

Afila sus colmillos. Su primera víctima.

El borracho no sabe que le espera. Camina tambaleante. Solitario. Dejando tras de sí olor a alcohol y soledad. Se apoya en una esquina cansado. La cabeza le da vueltas. Es la oportunidad de su pestilencia.

Sigilosa lo rodea. El hombre, confundiendo delirium tremens y realidad, se funde con ella en un grito mudo y desaparece en la negritud.

Sin remordimiento, volvió a cenar.

Le da igual que sea hombre o mujer. Sabe que en el fondo de todos ellos, anida en una parte de su ser, su alimento favorito; la maldad.

¿POR QUÉ?

Santiago Sánchez Pérez

¿Por qué a mí?

No destaco en nada de los otros, no soy más importante, no me interesa la política, no he hecho nada para merecerlo.

El fogonero ha sido el otro. Dijeron que ejecutarían a uno. Quizás no esté todo decidido aún.

Me gustaría rezar, pero no creo en Dios. Él no me salvará. Me gustaría maldecirles, pero no creo en maldiciones, querría enfrentarme a ellos, pero no soy valiente.

Suplico.

Soy golpeado con saña, se burlan de mi miedo, del húmedo calor que empapa mi entrepierna.

¿Por qué yo?

Quizás no esté todo perdido, puede que maten al fogonero.

Leen algo, no entiendo su idioma.

El tipo del arma se coloca a mi espalda.

Me han escogido a mí.

Voy a morir, no creo en el cielo, no creo en el infierno.

Ahora conozco el porqué.

Dios no me odia, esto no es por política.

Esto es porque sí.

LOS MEJORES CLIENTES

Santiago Eximeno

—Si algo me gusta de mis clientes —dijo el encargado de la funeraria, cosiendo los labios del cadáver— es que nunca se quejan.

—¿Y si alguna vez lo hicieran? —preguntó el ayudante con voz temblorosa—.

—¿Acaso estás loco? ¿Cómo van a quejarse? —respondió, ofendido, el encargado— ¿No ves que coso sus labios? —El cadáver asintió con un leve movimiento de cabeza—.

HEREDEROS

Francis Cuevas

A pesar de sus reticencias obedeció los protocolos y bombeó otra línea de estimulantes. El maltrecho corazón reanudó su cansada tarea. La calma duró poco. Dudó y una chispa surgida de algún oscuro rincón luchó, golpeó y prevaleció sobre una mente repleta de imágenes, datos y etiquetas. No hizo nada por alargar la agonía, solo observó como aquel cuerpo roto, anciano y deforme moría entre breves temblores. La raza humana se sumía en la noche, extinta con su último vástago. Debía informar, aún confuso transmitió la noticia.

Millones de sintéticos por todo el planeta, incluso más allá, miraron a su alrededor con ojos nuevos. Desde el gran planificador hasta el humilde minero, todos lo sabían, estaban solos. Sus creadores no regresarían. Dieron gracias por la herencia recibida y volvieron a sus tareas. Tenían todo un mundo ante ellos.

EL ARMARIO

Elena Montagud

Unos hombres muy altos trajeron el armario. Mami me dijo que era un regalo de la abuela, y que era muy bonito. A mí nunca me han gustado los armarios, y tampoco la abuela. Es vieja y huele raro. Son grandes y oscuros por dentro. Me hacen pensar en monstruos y en el hombre del saco.

Cuando los hombres se fueron, yo fui despacito hasta mi habitación. Los muebles son muy chulos, todos ellos de colores vivos, pero aquel armario no. Aquel armario era de un gris apagado y parecía malvado. Una de sus puertas estaba entreabierta, pero sólo pude ver oscuridad. Di saltitos con un pie y con otro, y al final decidí acercarme. Mami decía que me estaba haciendo mayor, y debía ser el niño más valiente del mundo.

Nada más coger el pomo de la puerta escuché un ronco gruñido que venía de dentro del armario. Comencé a temblar. Abrí un poquito la puerta y me encontré con unos ojos rojos, que me miraban hambrientos.

Llamé a mami a gritos. Me regañó porque me había hecho pipí encima.

Mientras me sacaba en brazos de la habitación, los ojos continuaron mirándome. Nunca me habían gustado los armarios. Ni la abuela.

EL DON DE LILITH

Francis Cuevas

I

Una variada fauna humana habitaba el local. Paladines de los bajos fondos, agazapados en la barra, a la caza de algún trabajo interesante. Bellezas fatales revoloteando aquí y allá. Pesados cincuentones, amos de sus propios mundos privados, compartiendo mesa en la penumbra con engominados empresarios de éxito. Pocas cosas podrían inquietar a semejantes especímenes humanos, sin embargo, la entrada de una mujer captó la atención de un modo singular.

Armonía. Una figura esbelta sin perder las formas voluptuosas. Un pelo de indefinidos tonos claros enmarcaba un magnífico rostro de facciones contrapuestas: Una frente serena y reflexiva junto a unos ojos salvajes y una boca adecuada para noches febriles. Tras ella, un terrible Polifemo de traje impecable ejerciendo de escolta.

—Acompáñeme —Le interpeló con una reverencia una pequeña asiática mientras los guiaba silenciosa hacia las estancias privadas del piso superior.

II

La sala no era amplia. Alfombras árabes cubrían el suelo. Una mesa baja, rodeada de cojines, dominaba la escena. Dos figuras se hallaban frente a frente.

—Quedamos en que sólo un guardaespaldas, señor Barros

—Vamos madame Acnia, usted posee una ventaja evidente. Mis chicos solo esperarán fuera. Seguro que pronto recibirá la confirmación del pago.

Y así fue. Una sonrisa de tiburón emergió bajo los ojos de carroñero de Barros.

—Esto no es algo que se haga todos los días —Comenzó a hablar la dama rompiendo el incómodo silencio—. Nuestra supervivencia depende de la ignorancia sobre nuestra existencia. Además, aunque sepamos que se trata de un virus peculiar, subsisten ciertas creencias sobre los orígenes de nuestra extirpe. ¿En qué cree usted?-

—¿Crear? Yo sólo creo en la única verdad, el dinero.

III

(Veinte minutos después)

Hundió aun más los caninos en la garganta. Desgarró las cuerdas vocales y dejó al descubierto la tráquea. Arrebatada por el frenesí se abandonó a la orgía roja; succionó, saboreó y robó hasta la última gota de vida. Instantes antes de quedarse sola irguió la cabeza, posó la mirada en el terror puro de su víctima y dijo gustosa:

—Lo siento. El don de Lilith no es algo que se pueda comprar.

LA ADICCIÓN DEL PODER

Álvaro Peiró Burriel

La magia era un don innato en aquel muchacho. Había sido el primero de su promoción, una verdadera joya en bruto que sólo se veía una vez cada cien años. Pero también poseía arrogancia, una cualidad que unida al talento era una combinación mortal, sobre todo en la adolescencia. Salió de la ciudad sagrada a la temprana edad de diecinueve años, cuando lo normal era que sus compañeros se graduasen con veinte años más.

Debería haber vigilado más al chico, estar ahí cuando lo hubiese necesitado y hacer de verdad el papel de mentor. No supo mantener a raya el ego de su aprendiz y le dejó que se creyera un gigante entre enanos. Permitted que cruzara la línea entre la curiosidad y el sacrilegio. Se había vuelto adicto a la magia. Al contrario que los vicios mundanos era algo difícil de abandonar, una necesidad imperiosa que obligaba a recolectar una cantidad creciente de ella. Aquella sensación vibrante, en la que te sentías pura energía libre, era una tentación en la que cualquiera podía perderse.

Fue una larga caza. Tardaron tres años en poder acorralarlo y capturarlo. Por aquel entonces ya no tenía salvación, la magia lo había consumido. Neutralizaron su fuerza con el disruptor arcano más potente que tenían y lo llevaron a la capital. Ahí lo exhibieron para que sirviera como escarmiento para futuras las generaciones de hechiceros. Luego le tocó a él, como su tutor y archimago de más alto rango, proceder a la ejecución. En su interior sintió alegría de que, una vez frente a la muerte, la acogiera como fuerza purificadora, sin oponer resistencia. Nunca era agradable arrebatarse una vida tan prometedora como la que había sido aquella, menos aún cuando había llegado a considerarlo su propio hijo.

QUIÉN ES ESA

Elena Montagud

No sé quién es aquella que en el alma tan sólo tiene dolor.

Ayer, cuando destrozó el cuerpo de mi marido y lo observó durante largo rato fumando un cigarro.

Hace una semana, el día en el que sujetó a mi madre mientras rajaba su cuello. Rió cuando ella lloraba. Esa noche, viendo la tele, continuó riéndose.

¿Quién es ésa, que se deslizó de puntillas hasta la cuna de su hijo, lo observó con ternura y después lo estampó contra los barrotes una y otra vez?

Ésta, que se esconde por los recovecos oscuros de la locura, la que susurra palabras extrañas en su cabeza suplicando una muerte más, exigiendo un sacrificio que sacie su sed de sangre. Ésta, la que muerde sus entrañas y ríe a carcajadas como una loca cuando sale a la calle y contempla la podrida sociedad.

Allí donde habite el mal, allí va ella. Allí donde huela a podrido, hacia allí corre ella. Como una loba aullando a la luna llena, con la sangre resbalando por sus mejillas, gritando a la noche letanías que tan sólo saben de horror.

¿Quién puede ser ésta que quiere deshacerse de mí porque ya no sirvo para nada?

La que domina mi mente, la que me hace rezar entre dientes mientras me dirige al espejo para mostrarme que tan sólo soy una marioneta. Con esas tijeras entre las manos, con esa cara de crueldad que me muestra el cristal.

Ahí va ella, ésta que alza su brazo y lo lleva hasta mi rostro. Mis ojos desorbitados, mis labios formando una exclamación. En el momento en el que clava las tijeras en mis ojos y me aproximo a la oscuridad la reconozco. En ese momento comprendo que soy yo.

MIEDO

Alfonso Zamora Llorente

Parece que sigue ahí...hace un momento le he oído respirar, esa respiración nerviosa y agitada.

Creo que no sabe donde estoy, pero es cuestión de minutos que dé conmigo, lo sé, y Él lo sabe también, por eso se toma su tiempo.

Disfruta con ese pensamiento, el de saber que mi miedo flota en el ambiente, saber que dentro de poco estará masticando mi carne, deleitándose con mi sangre aún caliente.

Por más que he intentado darle esquinazo, ha sido imposible, llevo todo el día huyendo de Él, tratando de escapar de esta trampa que me ha preparado para darme caza.

No me puedo creer que dentro de unos minutos estaré muerto, y que mi muerte será la más dolorosa que me pueda imaginar, la más cruel y sangrienta.

Otra vez su respiración, ahora la he sentido prácticamente al lado de mi posición, el miedo no me deja mover, tengo los músculos paralizados.

Algo viscoso me acaba de caer en la cabeza, no puede ser, es Él, esta encima de mi cabeza, subido a una piedra, ha estado ahí todo el tiempo, disfrutando de mi temblor, esperando el momento justo para echarse encima de mí, y empezar la carnicería.

No puedo hacer nada, ni rezar, solo espero que la primera dentellada acabe conmigo y me evite ver cómo me desmiembra lentamente.

Poco a poco baja de su posición, sin quitar su mirada de la mía, esos ojos amarillos y enormes brillan como dos soles, está deseoso de devorarme, pero le pueden las ganas de verme sufrir.

Sus dientes afilados se acercan a mi pierna temblorosa, son unos segundos angustiosos, no quiero verlo, me tapo la cabeza con las manos, suplico a Dios que todo acabe pronto.

El dolor es tremendo, la lentitud de su mordisco es cruel, poco a poco sus dientes van penetrando en mi pierna, desgarrándola con saña y maldad.

No puedo evitar gritar, me muero, veo sus dientes acercándose a mi cara...dolor...oscuridad...

Esa luz...

PUERTA DEL ÁNGEL

Isabel V

—¡Suerte!

Su voz la apagó el estridente frenazo del metro al entrar en la estación. Todos se arremolinaron, el conductor salió de la cabina y bajó a las vías.

Desde el andén decenas de ojos curiosos rodeaban la escena; alguien se volvió y con un gesto negativo de la cabeza confirmó: no hay nada que hacer, el SAMUR ha certificado su muerte; nadie se apartaba de allí.

Una delgada figura de piel albina y negro traje observaba, algo distanciada, lo sucedido. Sus claros ojos azules, casi transparentes, brillaron; con una sonrisa dibujada en su rostro se alejó pensando en su buena obra del día: el anciano que ya no sufriría más sintiéndose abandonado.

LA MARCA EN LA PUERTA

Macu Marrero

«¡Debe ser aquel animal!;El que engulló al viejo Jim en el aserradero! »

Eso es lo que pensaban los vecinos de un pueblecito perdido del oeste, cuando hablaban de aquellas terribles muertes en la que los cadáveres aparecían con los estómagos vacíos y abiertos en canal.

La oscuridad servía de escondrijo a aquel terrible asesino. Todas aquellas almas valdrían para la matanza. «Este... Hoy. No... Mañana. No... Mejor reservarlo».

Los vecinos esperaban aterrorizados la marca en la puerta.

Esa misma noche, la oronda Alexandra sería la elegida y el sanguinario se relamía sólo de pensarlo: Disfrutaría viendo el horror mientras extraía los intestinos. Estallaría en éxtasis al oír el sufrimiento ahogado de la víctima.

Alexandra se revolvía ignorante en la cama. «¿Quién tendrá la marca?»

Todos respiraron aliviados por no haber sido ninguno de ellos el elegido. Regresaron cómplices a sus camas, jubilosos de poder contar otro día.

Ya la habían visto: una cruz roja invertida pintada en la madera del portón.

«¡Pobre de la sebosa de Alexandra!»

Y la noche se consumió. La luz rojiza del orto iluminó los ríos de sangre, los cuerpos esparcidos...

Cuando Alexandra despertó, apenas podía moverse. Su estómago estaba hinchado, su boca tenía el sabor dulce y herrumbroso que deja el sebo y la sangre.

Cuando pudo llegar a la puerta, vio la marca: La que todos confundieron.

El asesino dejó de matar porque ya no quedaba nadie en aquel pueblo. Sólo Alexandra, arrastrándose sobre sus cuatro patas; convertida en un grotesco perro de tres cabezas. Lo devoraría a él y a su alma, como lo hizo con el viejo Jim.

«Buen perro... perrito».

Cerbera partió en busca de una nueva mano que le acariciaría durante el día y, que de noche, le proporcionaría más estómagos de donde arrancar vidas.

OJOS QUE NO VEN

Sergio de Marcos

Radiante tarde de verano, ¿gran placer para un niño de doce años?

Para mí no, no si se trata del miércoles, tarde de fútbol. Viaje temido al descampado en las afueras del pueblo y tras el pequeño riachuelo, la abandonada y cochambrosa casa de la olvidada loca de los gatos. Con decenas de felinos y algo tétrico con forma de ancianita ajada, deslucida por las diversas capas de mugre, acompañada de ese hediondo hedor que atesora la casa, dos primaveras y aún hoy impregna mi memoria.

Ese día, que por una apuesta de hombría me hallaba congelado bajo el marco de la entrada, divisé algo moverse entre las sombras, saltando de una a otra sin mostrar forma alguna, ese día se convirtió en mi monstruo debajo de la cama, ese lugar que evitas mirar, sabes que no hay monstruos, pero ¿y si los hubiera?

Recorro las calles hasta el patíbulo, temblando sobre mis pies. Cuando llego, Tobías, Pedro y Andrés están allí. Comienza el juego, cómo si me importara.

Mi turno, pateo, vuela, lejos, demasiado, sonido de cristales rotos... Eso no es nada bueno.

Perjuro, insisten, debo cumplir, he de rescatar el insignificante objeto, debo entrar.

Ante la puerta el terror aprisiona mis músculos, abro la puerta, entro en la nube insalubre y oscura del interior, a la derecha el salón, en el suelo la pelota.

El grito desgarrador de un bebé hiela mi sangre.

Grito y me giro para ver a la anciana con la ensangrentada cola de un gato atigrado asomando del gazzate. Sus ojos atraviesan mi cuerpo.

Giro, corro, salto fuera del infierno buscando la salvación. Su sibilante lengua me roza la oreja mientras me susurra al oído.

—Pronto volveremos a vernos, por tercera y última vez.

No hay salida, cuando miras, corres el riesgo de ver.

CLAUSTROFOBIA

Óscar de Marcos

Claustrofobia. Agobio.

Ante mi tengo una infinita llanura blanca, de tal magnitud, que evoca la inconmensurable tundra hiperbórea, o el lomo de un antediluviano ancestro de Moby Dick. Pero por textura, por posibilidades, por potencia de ser acto, se trata de nívea arcilla por modelar, presta para ser manipulada por mí.

En este lugar poseo poder absoluto, el logos, el verbo que puedo tornar carne o piedra, vicio o virtud... Omnipotencia es mi privilegio en estas tierras inciertas. Mis posibilidades son tan amplias como alcancen mi imaginación y habilidad.

Pero un criterio ajeno a mi marca unas pautas.

Este terreno me pide un Camelot, una Atlántida, una R'lyeh, pero me veo limitado. Una casa, un mausoleo tal vez; pero nada de mundos ni metrópolis; tampoco hay espacio para grandes sagas o epopeyas.

Trescientas es el cupo. Tres mil aún me parecería poco.

Pero ¿no lideró Leónidas a trescientos espartanos contra un millón de persas?

¿Qué es más digno? ¿El Dios nórdico que, tras abatir a Ymir, talló con su cuerpo el mundo? ¿O acaso el mero mortal, que con su imaginación y capacidad, creó el fresco más hermoso que jamás ha coronado una capilla? ¿Qué nombre es más recordado hoy: Odín o Miguel Ángel?

Ambos merecen total admiración y respeto, pues hicieron lo que pudieron con sus capacidades y materiales, llevaron al límite sus posibilidades.

Son dos sendas diferentes, dos mentalidades distintas. Lo mismo que dos idiomas provenientes de la misma lengua muerta: parecidos, mas no iguales.

Quizá lo principal sea seguir aquella vieja máxima: “Hagas lo que hagas, esfuézzate por hacerlo lo mejor posible”.

Como dijo aquel sabio gris creado por Tolkien: “Uno solo puede elegir qué hacer con el tiempo que le ha sido dado”.

Y he aquí lo que yo he hecho, he aquí mis trescientas palabras.

ESCALAS

Ángel Villán

Los niños, algunos intrigados y otros obligados, estudiaban las muestras en los microscopios de la escuela. El profesor, con aire monótono y aburrido, explicaba la definición y cualidades del plancton. Yin, tan inquieto como intrépido, llevó la punta del bisturí hasta un pequeño poliqueto y lo aplastó sin miramientos.

Tan lejos como cerca de allí, en cuestión de segundos y de milenios, los habitantes del infinitesimal planeta Zuriuk se preguntaron qué había causado la catástrofe en su galaxia vecina. Tras estallar sin previo aviso en millones de supernovas, había desaparecido de su firmamento.

Yin observó los restos pegados al bisturí en el mismo momento en el que una ballena tribatlante engullía la Nube de Magallanes, Andrómeda, Omega, Orión y, por supuesto, la Vía Láctea.

VAMPIRO

Óscar Torres

La polilla, toca una y otra vez, la bombilla que ilumina tenuemente el cuarto de mi salón.

Su zumbido se mezcla con su inquieta sombra, en un vaivén de luz y oscuridad, que se proyecta sobre las paredes.

Luz.

Oscuridad.

Ansiedad.

Deseo.

Las tripas rugen.

Observo mis dedos. Se están quedando cada vez más azulados. ¿Cuándo perdí mi humanidad? ¿Dónde está mi cuerpo y alma?

Mente en blanco.

Vuelvo la vista a la mesa.

Sujeto el cuchillo y el tenedor e intento cortar la carne que tengo delante.

El pulso me tiembla. La polilla vuelve. Intento olvidarla. Solo es un fantasma. No existe. No hay sombras. Solo luz.

El acero del cuchillo chirría en el plato. Me llevo un buen trozo a la boca. Tengo seco el paladar. Me entran nauseas de sólo pensar en comer algo cocinado.

Lo escupo. No soy capaz de tragarlo.

Vuelve otra vez. Veo su sombra desdibujada en las paredes. Tengo hambre, no aguanto más. Un espasmo doloroso me recorre desde estómago hasta la garganta. Hace días que no salgo a cazar.

Estoy jodido. Esta vez sí que moriré de inanición.

Una sombra se mueve en el fondo de la habitación y viene hacia a mí.

¿Será ella? ¿O un fantasma?

No, es Jhonsie, mi gato siamés.

Salta a la mesa y se acerca con curiosidad a mi plato. Olfatea la carne y levanta la vista. Se queda mirando con sus grandes ojos azules llenos de curiosidad. Me maúlla. Él también tiene hambre.

La polilla vuelve golpear mí conciencia.

La sombra que se proyecta borra la poca humanidad que me quedaba.

Miro a mí gato. Se humedecen los labios.

SU SONRISA, SU ETERNA SONRISA

Víctor Mancha

Zombis. Los muertos vivos, nos llaman. Si supiesen lo apropiado de ese nombre, lo mucho que se acerca a la realidad... Reiría... si tan solo pudiese reír.

Cuando te conviertes en zombi las cuerdas vocales se atrofian, los pulmones y el corazón dejan de funcionar. El cuerpo deja de recibir oxígeno, todos tus órganos se pudren. Y sin embargo, aunque de manera torpe, seguimos funcionando...

Nos invade un hambre voraz que, cuando alcanza su máximo apogeo, lo inunda todo, apartando cualquier otra sensación. Dejamos de percibir el dolor, nuestras terminaciones nerviosas muertas.

Nos convertimos en cadáveres andantes. Todo rastro de nuestro yo anterior, de lo que nos hacía humanos, desaparece.

Al menos, en teoría.

Lo que nadie sabe es que una parte de nosotros sigue viva, atrapada en un rinconcito de nuestra mente, incapaz de comunicarse, de hacer nada que no sea mirar horrorizada cómo matamos, cómo nos alimentamos, cómo vemos en lo que nos hemos convertido.

Ese es el verdadero infierno, el verdadero horror.

Presencí lo peor que le podía pasar a la raza humana cuando aún estaba vivo. Y logré mantener la cordura gracias a ella. Gracias a Marta. Gracias a su eterna sonrisa. Que Dios la bendiga por ello.

Y ahora, mientras saco la cabeza de entre sus intestinos todavía humeantes, vuelvo a observar su rostro. Ha dejado de gritar y esa maravillosa sonrisa suya vuelve a iluminar su cara. Habrá quien dirá que no es una sonrisa, que es un rictus de dolor, pero se equivocan, porque nadie la conoce como yo.

Está sonriendo, tiene que estarlo, porque pensar en la alternativa me produce un dolor tan intenso que me atraviesa las entrañas. Sonríe, sí, porque sabe que pronto volveremos a estar juntos.

Dios, es tan bonita que me la comería entera...

Quizá todavía lo haga.

TORTILLA

Uriska

Me he despertado sobresaltado por un ruido, ¿un jadeo?, no, tan sólo otra maldita pesadilla.

Oigo el corazón golpeándome en el pecho al compás de las teclas que mi chica aporrea en la habitación de al lado, otra noche trabajando en su tesis, tengo que intentar controlar la respiración y volverme a dormir...

Me espera una mañana estresante de trabajo, mucho ruido y los clientes no se cansan de hablarme y de quejarse, como si yo fuera el único que les pudiera resolver sus dudas, ojalá todo fuera tan fácil.

La tarde en casa es otra cosa, un programa de historias de ficción consigue relajarme hasta la hora de irme a consulta con mi psiquiatra el Dr. Costelo.

Quiero que me ayude a luchar y afrontar mis pesadillas, aunque él parece interesarse más por otras cosas que por mi miedo a dormir y se empeña en que le hable de mi chica, de su tesis, la cual escribe desde que tuvo ese accidente mortal haciendo submarinismo; de mi trabajo en la funeraria y como los difuntos conversan conmigo; del programa de historias de ficción en la que algunos hechos llegan a ocurrir al poco tiempo.

Ha puesto cara de horror cuando le he comentado que el de hoy contaba como Pepa Pérez Pinillo con su amante José Mora Centella planean envenenar con una tortilla de patata al marido de ésta.

Al salir de la consulta me doy cuenta por primera vez del cartel que reza en la puerta: Dr. Costelo & Dr. Mora. Al día siguiente leyendo el periódico mientras desayuno decido que tendré cambiar de consulta, la noticia narra que el Dr. C. apuñaló a su socio el J.M.C. 15 veces y a su esposa P. P. P. 23 veces después de que esta le sirviera tortilla de patata.